

DYLAN Y **LAS BALLENAS***

MARÍA BARANDA

What sounds are those, Helvellyn, that are heard?

WILLIAM WORDSWORTH

¿Qué son, Dylan, esos sonidos que se oyen
desde el blanco bosque
de tu boca de agua?

¿Qué cal ardiente alimentaste
en tu ciudad de tiempo
ya vacía?

¿Qué piedra arrojó por ti
el grito de ese Herodes de paja y sal
que estremeció tu sangre?

¿Qué santo a punto de caer
ya se desploma entre las vetas cálidas
que desgarran tu herida?

* Fragmento del poemario *Dylan y las ballenas*, con el que la autora ganó el Premio de Poesía Aguascalientes 2003. Otras de sus obras son *El jardín de los encantamientos*, *Fábula de los perdidos*, *Los memoriosos* y *Moradas imposibles*. Ha ganado también los premios Nacional de Poesía Efraín Huerta 1995 y el Villa de Madrid en 1998. Desde 1999 pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte.

*En dirección al mar,
bajo la luz del búho,
está mi vida imaginada
por el poder de un muerto,
precario príncipe a orillas de este cielo,
que me permite hablar al fuego del guerrero,
poder decir mi sombra en la ebriedad del agua
donde nombrar la luz es dibujar la noche,
abrir el cáliz a la razón del alba.*

*Aquí la muerte mantiene su dominio,
donde alguien, acaso un dios
esclavo de la lluvia,
un olvidado monarca de las cosas,
se abre ávido al silencio de la sangre
en el vértigo y el miedo de la noche
para decir que va, que arde profundo
en las copas de polvo que gotean su sed en el vacío.*

*Esta es la hora en que conozco la parte rota de mi historia,
fragmento cincelado sobre la fría noche del suicida.*

*Tiene mi cuerpo una oración enferma
una historia cavada a golpe de la tierra.
Tiene mi cuerpo una oración perdida
bajo la sombra que mendigan los perros y los niños.
Tiene mi vida un festín de cardos en el sueño de su calavera
y una imagen ciega que se recuesta
honda e invencible
en la memoria estéril de los días.*

Tengo por ojos dos jardines y por boca
un sol que anuncia la lumbre en la marea.
El campo de mi infancia es ahora
un lugar redondo donde mi corazón
palpita con la sangre de los cerros.
No tengo ya otra luz que la del río
que se aleja hacia el cielo de mis años
bajo el sol
que en la cresta del tiempo resurgiera.
No guardo otra razón sino cantarle
al último Odiseo de los campos, niño feliz
y desbocado como caballo ciego en la pradera.

Vivo a la orilla de los truenos,
donde comer un trozo de pan
es despojar del aire conyugal a las hormigas,
donde decir no tengo nada
es lamer la copa de los valles procelosos,
la memorable ciénega del miedo.

Tengo aquí lo que antes era una muerte sin mí,
una vida honda sin nadie que me diera aire,
cielo, sol o el ímpetu de estar en una sola forma,
abierta claridad inigualable, donde retumba
mi pobre corazón de pez errante entre los hombres
para elogiar el rostro de la lluvia
y la cara recién parida de la tierra.